

9 de marzo de 2023 - Jueves de la 2ª semana de Cuaresma

[Jeremías 17:5-10; Lucas 16:19-31](#)

Homilía.

Un aspecto importante de la historia que acabamos de escuchar -y así ocurre con casi todas las parábolas de Jesús- es que simplemente nos enfrentamos a los hechos, y que nosotros -como oyentes inmediatos de Jesús- debemos deducir lecciones y reglas de vida a partir de esos mismos hechos. El Evangelio nos da los datos en bruto y deja que cada uno de nosotros saque las conclusiones para su propia vida, y todos juntos, para nuestra sociedad.

Los hechos narrados son que había un rico y un pobre; y no se dice si era un rico bueno o malo y un pobre bueno o malo. Esto es secundario. El Evangelio nos cuenta simplemente que había un hombre rico y un hombre pobre y cómo se comportaron en presencia del otro durante sus vidas. (Un detalle interesante a tener en cuenta es que el hombre pobre tiene un nombre; es una persona; su nombre es Lázaro, un nombre que significa "Dios ayuda". En cuanto al hombre rico, no se le nombra. Representa a todos aquellos que se han dejado alienar por sus posesiones). Los profetas -como Amós- habían hablado con fuerza contra la opresión de los pobres y la habían condenado. La actitud de Jesús es diferente. En esta parábola se dirige directamente a los fariseos y, de alguna manera, está en su terreno. El hombre rico no es descrito como alguien que comete opresión e injusticia. Simplemente, es rico y disfruta de su riqueza sin rechistar. El pobre es simplemente pobre. No pide nada, aunque le gustaría comer algo que cae de la mesa del rico.

Luego viene la inversión de papeles, tras la muerte de uno y otro. (Este tema de la inversión de papeles después de la muerte aparece muy a menudo en el Evangelio de Lucas). El pobre hombre tendido en el suelo es llevado por los ángeles al seno de Abraham (la concepción del cielo de los fariseos). En cuanto al hombre rico, que descansaba en suntuosos sillones para comer, simplemente se le pone bajo tierra. No era malvado, pero vivió toda su vida en la inconsciencia. Se ató a las realidades de este mundo, que lo absorbieron por completo, y allí permaneció después de su muerte. Ahora sufre terriblemente por ello y le gustaría evitar a sus hermanos este sufrimiento enviándoles mensajeros. Sería inútil, respondió Abraham. Tienen a Moisés y a los profetas. Si no los escuchan, no escucharían a alguien que ha vuelto de entre los muertos.

Esta última parte de la historia es probablemente la más importante, pues subraya la raíz de todos los males: la ceguera. Y esto debe preocuparnos especialmente hoy. ¿Tenemos los ojos abiertos? La mayoría de los cristianos viven en los países más ricos del mundo y, por lo general, son muy poco conscientes de las injusticias estructurales y sistémicas de nuestro tiempo. Los que son conscientes de estas injusticias son los pobres de los países oprimidos. No sólo son conscientes de ellos, sino que están cada vez más decididos a hacérselos saber a la población de los países ricos, incluso con métodos brutales y crueles. Aunque uno no pueda aprobar los métodos y aunque deba condenar la violencia -cualquier violencia, venga del lado que venga-, hay que saber escuchar su mensaje. ¿No es misión de los contemplativos saber leer los signos de los tiempos a la luz del Evangelio?

Armand VEILLEUX